

Habituado al aplauso más ciego e inconsciente de que haya recuerdo en Costa Rica, don Ricardo olvida que el que se encumbra está más obligado que nadie a ser comedido en sus actos y en sus dichos.

En cuanto a las contradicciones más, que dejan perplejo a don Ricardo —no obstante su formidable poder de comprensión—, diré que al juicio de nuestro estadista opongo el de los escritores de fuera del país que han tenido a bien criticarme, sin pasión personal alguna. Muchos defectos me han señalado: mi LACONISMO impertinente, la aridez de mi prosa, la pobreza de mi léxico, mis REPETICIONES a lo largo de los años, mi construcción gramatical, que dicen tiene siempre aspecto de traducción, etc.: de lo que ninguno me ha acusado, fuera de aquí, es de inconsistencia. Ni me causa extrañeza la opinión de don Ricardo. Quien está hecho a cambiar de resoluciones, con la más pomposa frescura, y a buscar luego falacias para justificar su volubilidad, bien puede imaginarse que son sus vecinos quienes se vuelcan o contradicen; así mismo, quien va en un